

DIRECCIÓN
Cristina Delgado y Gonzalo García.
DISEÑO Jerónimo Andreu y Paula Carrión.
FOTOGRAFÍA Héctor M. Garrido.

REDACCIÓN Ferran Balsells,
Rebeca Carranco, Jorge Dau, Anna
Florats, Carlos Garrido, Nuria Limón,
Pablo Linde y Elena Sevillano.

alcento

18 de diciembre de 2007

XXI Promoción / Escuela de Periodismo UAM / EL PAÍS



Jorge, Elvis y Roberto (de izquierda a derecha) atienden al monje budista Fabio Poza durante una de las sesiones de meditación en la prisión de Segovia. / H. M. GARRIDO

Budismo entre rejas

El monje madrileño Fabio Poza imparte talleres de meditación en tres cárceles

CARLOS GARRIDO

El monje budista Fabio Poza nació en Madrid hace 37 años, es un marxista recalcado y tiene una planta imponente. Metro ochentatantos, cráneo afeitado y una espalda desmesurada, abrigada por una túnica donde se mezclan los colores granate y azafrán. Hoy es sábadó y tiene la actividad más especial de la semana. Pasará un rato con los presos de la cárcel de Segovia.

Allugar a la prisión, Fabio descubre que acceder no va a ser tan sencillo. Acaba de chocar con la tozudez del funcionario que custodia la entrada principal. Este insiste en que el taller de budismo que viene a desarrollar al centro no está registrado en los archivos, mientras escrita con obstinación los permisos de acceso concedidos por Instituciones Penitenciarias. Es obvio que nunca en su vida ha visto a este monje gigante. No para de mirar su topa. En la garita de recepción las cosas se hacen de un modo muy *clisisto*. No tienen ordenador y los documentos viajan de una carpeta a otra.

"Todas las cárceles son iguales. Unas más grandes y otras más pequeñas, pero iguales". Poza se refiere a los colores cálidos de las paredes, a las taquillas que hay al entrar a la izquierda o a los patios de *recreo* cercados por grandes muros imposibles de escalar. Lo sabe porque trabaja también con los internos de los centros penitenciarios de Salamanca y Valdemoro.

Los tres esperan las sesiones con ansia. Uno explica que le ayuda a relajarse y a olvidar los errores del pasado. Para otro, es una buena forma de distraerse

El maestro insiste en lo importante que es respirar para meditar: "Cuando exhaléis, los miedos abandonarán vuestro cuerpo en forma de humo negro"

Al cruzar las ocho puertas que separan el vestíbulo de las zonas destinadas a los internos es inevitable no pensar lo complicado que debe de ser escapar de allí. "La cárcel de Segovia acoge a 500 internos. No debería haber más de 300. Y no es sólo en ésta. Pasa en todas", lamenta el funcionario que acompaña a Poza. Junto a los pabellones donde duermen los presos se encuentran las salas habilitadas para las actividades comunes. Allí le esperan Jorge, Elvis y Roberto.

El primero es argentino, el segundo ecuatoriano y el tercero madrileño. Tras saludar a Fabio, protestan por el reducido tamaño del aula cedida por el centro para realizar los ejercicios de meditación. "Siempre tenemos problemas de espacio, y además hoy no hay ni colchonetas", lamentan a coro.

Elvis no tiene inconveniente en parlotear. Emplea y no puede parar. Las cárceles son un lugar común para él. Habla de la mujer, los dos hijos y las condenas que dejó atrás en Ecuador. Después llegó su viaje a Madrid. Un atracó a mano armada en el que robó 18.000 euros, su caputrá, un juicio y un periplo por tres presiones. Todo esto con sólo 31 años. Su novia española le visita todas las semanas. "Es de Madrid y trabaja en un centro comercial. Quiere que nos casemos en enero. Pero yo prefiero retrasarlo", dice entre risas.

Los tres son católicos no practicantes y esperan cada sesión con ansia. Elvis explica que le ayudan a relajarse y a olvidar un pasado "lleno de errores". Jorge no era primerizo en el budismo. "Conozco la religión. En mi país la practicaba. Incluso estuve a punto de ordenarme. Me quisieron llevar a la India. Ahí me di cuenta de que todavía tenía apego a la familia y renuncié", aclara. Para Roberto es más sencillo. "Es una buena forma de estar distraído. Me hace pensar. Estar tranquilo", resume. Todos están de acuerdo. Les gusta que Fabio viniera más veces al mes. Ahora lo hace una vez al poco. Con dos sesiones estaría mejor", dice Jorge.

El olor a incienso toma la habitación. Por fin están solos. Fabio comienza a prepararlos para la meditación: "Cerrad los ojos y dirigid toda vuestra atención a cada parte del cuerpo. Inclínad la cabeza hacia adelante y notad cómo cada vez pesáis menos". Poza insiste en lo importante que es respirar bien. "Cuando inspiréis, notad cómo entra la energía. Cuando exhaléis, los miedos abandonarán vuestro cuerpo en forma de humo negro". En este punto, Jorge entra en trance. Tiene los ojos en blanco. Elvis parece sufrir una pesadilla. Le tiemblan los párpados y hace muecas de dolor. Roberto es el que consigue estar en paz consigo mismo.

En el momento más intenso de la sesión, Fabio mezcla largos silencios con subidas en el tono de su discurso: "Ahora estáis experimentando paz. No importa lo que hayáis hecho en el pasado de vuestro *Karma*". Entonces les pide que mediten sobre su conducta: "Cuento mejores seáis, más podréis dar a los demás y mejor os sentiréis". Los acordés de una guitarra rompen la paz. En el aula de al lado otros presos acaban de iniciar su clase de música. Pelean con las cuerdas buscando la melodía de *Maneras de vivir*, de Rosendo. "Dedicamos la meditación a la familia. También a los maestros; al lama. Rímonché. Les vamos a pedir que nos inspiren. Juntamos las manos por los pulgares y vamos sacudiendo". Fabio da por terminados los ejercicios.

Las sesiones de Poza guardan bastante relación con lo que po-

dría ser una visita al psicólogo. El monje pide a sus discípulos que piensen en las personas a las que más quieren. Jorge toma la iniciativa y habla de su hermana. "Acaba de quedarse viuda y estoy muy preocupado por ella. Yo no tengo problema. Uno se acostumbra a todo, hasta a la cárcel". Con 65 años y tras soltar un largo discurso no atina a explicar por qué está preso. "Ni siquiera me han juzgado", lamenta.

Elvis no termina cuando un funcionario interrumpe de forma brusca la charla final. "Es la hora", espeta. Los presos deben ir a comer. Roberto cuenta que la comida no está mal. "Hoy tenemos albóndigas. ¿Te quedas? Es bromita".